

www.elboomeran.com

GEORGES SIMENON

MAIGRET
EN LOS DOMINIOS
DEL CÓRONER

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS
DE CARIDAD MARTÍNEZ

BARCELONA 2013



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Maigret chez le coroner*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

MAIGRET CHEZ LE CORONER © 1949 by Georges
Simenon Limited, todos los derechos reservados
«Maigret en los dominios del coroner» © 2013 by Georges
Simenon Limited, todos los derechos reservados
GEORGES SIMENON ®  Simenon.tm, todos los derechos reservados
MAIGRET ® Georges Simenon Limited, todos los derechos reservados
© de la traducción, 2013 by Caridad Martínez González
© de la fotografía de la cubierta, by Fondo F. Català-Roca - Arxiu
Fotogràfic de l'Arxiu Històric del Col·legi d'Arquitectes de Catalunya
© de esta edición, 2013 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fotografía de F. Català-Roca (1990)

ISBN: 978-84-15689-83-6
DEPÓSITO LEGAL: B. 16 289-2013

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2013*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

MAIGRET, DEPUTY SHERIFF

—¡Eh! Usted...

Maigret se volvió, como cuando estaba en el colegio, para ver con quién iba aquello.

—Sí, usted, el de allá...

Y el escuálido anciano, de inmensos bigotes blancos, que parecía sacado directamente de la Biblia, alargaba un brazo tembloroso. ¿Hacia quién? Maigret miraba a su vecino, a su vecina. Y finalmente advertía, avergonzado, que todo el mundo estaba vuelto hacia él, incluido el córoner, incluido el sargento de la Air Force al que estaban interrogando, y el fiscal, y los miembros del jurado, y los sheriffs.

—¿Es a mí?—preguntaba haciendo ademán de levantarse, extrañado de que le requirieran.

Pero todos aquellos rostros sonreían, como si todo el mundo, excepto él, estuviera al corriente.

—Sí—exclamaba el anciano, que se parecía a Ezequiel, pero que también se parecía a Clemenceau—. ¿Quiere usted apagar la pipa, inmediatamente?

Ni siquiera recordaba haberla encendido. Avergonzado, volvía a sentarse balbuceando excusas, mientras sus vecinos reían, con una risa amistosa.

No era un sueño. Estaba bien despierto. Era él, el comisario Maigret, de la Policía Judicial, quien estaba allí, a más de diez mil kilómetros de París, asistiendo a la investigación de un córoner que no llevaba ni chaqueta ni chaleco y sin embargo tenía el aspecto serio y bien educado de un empleado de banca.

En el fondo, se daba perfecta cuenta de que su colega Cole se había deshecho de él amablemente, pero no conseguía guardarle rencor al oficial del FBI, pues él hubiera hecho lo propio en su lugar. ¿No hacía él lo mismo cuando, dos años atrás, recibió el encargo de servir de guía en Francia a su colega el señor Pyke, de Scotland Yard, y a veces lo dejaba en alguna terraza, como quien deja el paraguas en el guardarropa, diciéndole con tranquilizadora sonrisa:

—Enseguida vuelvo...

Con la única diferencia de que los estadounidenses eran más cordiales. Tanto en Nueva York como en cualquiera de los once estados que acababa de atravesar, todo el mundo le daba palmaditas en el hombro.

—¿Cuál es su nombre de pila?

Y él no iba a decirles que no tenía. No le quedaba más remedio que confesar que se llamaba Jules. Entonces su interlocutor reflexionaba un momento:

—*Oh! yes... Julius!*

Pronunciaban Yulius, y la verdad es que así no parecía tan mal.

—*Have a drink, Julius!* (¡Tome algo, Jules!).

Y de este modo, a lo largo de todo el trayecto, en montones de bares, se había tomado un número incalculable de botellas de cerveza, de manhattans y de whiskies.

También había estado bebiendo hacía un momento, antes de comer, con el alcalde de Tucson y el sheriff del condado, a quien Harry Cole le acababa de presentar.

Lo que más le asombraba no era tanto el decorado, ni tampoco era la gente, sino que era él mismo, o más bien el hecho de que él, Maigret, estuviera allí, en una ciudad de Arizona, y el hecho de estar, por ejemplo, sentado, de momento, en un banco de una pequeña sala del Juzgado de Paz.

Si bien habían estado bebiendo antes de sentarse a la

mesa, luego con la comida sirvieron agua helada. El alcalde estuvo muy amable. En cuanto al sheriff, le hizo entrega de un papelito y una bonita placa de deputy sheriff, de plata, como las que salen en las películas de cowboys.

Era la octava o novena de éstas que recibía, ya era deputy sheriff de ocho o nueve condados de New Jersey, de Maryland, de Virginia, de Carolina del Norte o del Sur, ya no sabía muy bien, de Nueva Orleans o de Tejas.

También en París había tenido que recibir con frecuencia a colegas extranjeros, pero era la primera vez que hacía un viaje así, un viaje de estudios, como se dice oficialmente, «para ponerse al corriente de los métodos estadounidenses».

—Debería usted pasar unos días en Arizona, antes de ir a California. Le va de paso.

Todo iba siempre de paso. Le hacían recorrer así cientos de kilómetros. Lo que aquella gente llamaba un pequeño rodeo era un rodeo de tres o cuatro días.

—¡Está aquí mismo!

Lo que quería decir que estaba a una o dos veces la distancia de París a Marsella, y a veces pasaba un día entero de viaje en pullman sin ver una verdadera ciudad.

—Mañana—le había dicho Cole, el hombre destacado por el FBI para hacerse cargo de él en Arizona—, iremos a echar un vistazo a la frontera mexicana. Está a dos pasos.

Esta vez, sólo quería decir a unos cien kilómetros.

—Ya verá como le interesa. Está al lado de Nogales, la ciudad fronteriza, a caballo entre los dos países, por donde pasa la mayor parte de la marihuana.

Ahora ya sabía que la marihuana, una planta de México, iba sustituyendo paulatinamente, entre los adictos, al opio y la cocaína.

—Por allí salen también la mayoría de los coches robados en California.

Mientras tanto, Harry Cole se desentendió de él. Debía de tener algo que hacer aquella tarde.

—Precisamente, va a iniciarse una vista ante el córoner. ¿Le haría gracia asistir?

Llevó a Maigret, lo instaló en uno de los tres bancos de la salita de paredes blancas, en la que había una bandera estadounidense detrás del juez de paz que desempeñaba funciones de córoner. Cole no le había anunciado a su colega francés que iba a dejarle completamente solo. Anduvo por allí estrechando manos, palmeando hombros. Y luego le dijo tan tranquilo:

—Volveré a recogerle enseguida.

Maigret no sabía qué era lo que juzgaban. Nadie en la sala llevaba chaqueta. La verdad es que la temperatura era de unos cuarenta y cinco grados. Los seis miembros del jurado estaban sentados en el mismo banco que él, en la otra punta, hacia la puerta, y entre ellos había un negro, un indio de enérgica mandíbula, un mexicano que se parecía un poco a los otros dos, y una mujer de cierta edad que llevaba un vestido de flores y un sombrero plantado de un modo divertido sobre la frente.

De vez en cuando, Ezequiel se levantaba e intentaba regular el inmenso ventilador que giraba en el techo y hacía tanto ruido que costaba oír las voces.

Todo aquello parecía desarrollarse afablemente. En Francia, Maigret habría dicho que «como en familia». El córoner estaba en un estrado, y sobre la camisa, de una inmaculada blancura, llevaba una corbata de seda rameada.

El testigo, o el acusado, Maigret no sabía con exactitud, estaba sentado en una silla cerca de él. Era un sargento de aviación, de uniforme, de cutí beige. Había otros cuatro, en fila, frente al jurado, y hubiera podido tomárseles por colegiales demasiado crecidos.

—Cuéntenos lo que pasó la tarde del 27 de julio.

Aquél era el sargento Ward, Maigret había oído el nombre. Medía por lo menos metro ochenta y cinco, y tenía los ojos azules y unas cejas negras que se le juntaban en el nacimiento de la nariz.

—Fui a buscar a Bessy a su casa hacia las siete y media.

—Más alto. Vuélvase hacia el jurado. ¿Le oyen ustedes, señores del jurado?

Aquellos señores hacían señas de que no. El sargento Ward carraspeaba para aclararse la voz.

—Fui a buscar a Bessy a su casa hacia las siete y media.

Maigret tenía que esforzarse doblemente, porque desde el colegio no había vuelto a tener ocasión de practicar el inglés, y se le escapaban algunas palabras, algunos giros le desconcertaban.

—¿Está usted casado y tiene dos hijos?

—Sí, señor.

—¿Cuánto tiempo hacía que conocía a Bessy Mitchell?

El sargento reflexionaba, como un alumno aplicado antes de contestar una pregunta del maestro.

—Dos semanas.

—¿Dónde la conoció?

—En un drive-in donde era camarera.

Maigret ya sabía lo que eran los drive-in. Muchas veces, los encargados de acompañarle detenían el automóvil, sobre todo de noche, delante de un pequeño establecimiento al borde de la carretera. No salían del coche. Se les acercaba una joven, anotaba lo que pedían, y les traía unos sándwiches, unos hot dogs o unos espagueti, en una bandeja que se ajustaba a la portezuela del coche.

—¿Tuvieron relaciones sexuales?

—Sí, señor.

—¿Aquella misma noche?

—Sí, señor.

—¿Dónde ocurrió?

—En el coche. Paramos en el desierto.

El desierto, arena y cactus, empezaba a las puertas mismas de la ciudad. Incluso entre algunos barrios subsistían espacios de desierto.

—¿Volvió a verla a menudo después de aquella fecha?

—Aproximadamente, tres veces por semana.

—¿Y tenían relaciones sexuales todas las veces?

—No, señor.

Maigret casi estaba esperando oír al pequeño y meticoloso juez preguntar: «¿Por qué?».

Pero su pregunta fue:

—¿Cuántas veces?

—Una vez a la semana.

A pesar de lo cual, sólo el comisario esbozó una leve sonrisa.

—¿Siempre en el desierto?

—En el desierto y en su casa.

—¿Vivía sola?

El sargento Ward miró a las caras alineadas en los bancos, y señaló a una joven sentada a la izquierda de Maigret.

—Vivía con Erna Bolton.

—¿Qué hicieron, el 27 de julio, después de que usted fuera a recoger a Bessy Mitchell a su casa?

—La llevé al Penguin Bar, donde me esperaban mis amigos.

—¿Qué amigos?

Esta vez, señaló a los otros cuatro soldados de uniforme, también de aviación, y los nombró uno por uno.

—Dan Mullins, Jimmy Van Fleet, O'Neil y Wo Lee.

El último era un chino que aparentaba apenas dieciséis años.

—¿Había otras personas con ustedes en el Penguin?

—No, señor. En nuestra mesa no.

—¿Había gente en alguna otra mesa?

—Estaba el hermano de Bessy, Harold Mitchell. —(Era el vecino de la derecha de Maigret, que se había fijado en él porque tenía un enorme forúnculo bajo la oreja).

—¿Estaba solo?

—No. Con Erna Bolton, el músico y Maggie.

—¿Qué edad tenía Bessy?

—Ella me había dicho que veintitrés años.

—¿Sabía usted que en realidad sólo tenía diecisiete y que, por consiguiente, no podía tomar bebidas alcohólicas en un bar?

—No, señor.

—¿Está seguro de que su hermano no se lo había dicho?

—Me lo dijo luego, cuando, en casa del músico, ella empezó a beber whisky a morro. Me dijo que no quería que hicieran beber a su hermana, que era menor, y que era él quien tenía que vigilarla.

—¿Ignoraba usted que Bessy estaba casada y divorciada?

—No, señor.

—¿Le prometió usted casarse con ella?

El sargento Ward vacilaba manifiestamente.

—Sí, señor.

—¿Pensaba divorciarse usted para casarse con ella?

—Le dije que iba a hacerlo.

En el marco de la puerta, se mantenía un deputy sheriff gordo—¡un colega!—en pantalón de lona amarillento, con la camisa desabrochada, que llevaba un cinturón de cuero lleno de cartuchos; un enorme revólver con cachas de asta le colgaba sobre el trasero.

—¿Bebieron todos juntos?

—Sí, señor.

—¿Bebieron mucho? ¿Cuántas copas, aproximadamente? Ward entornaba los ojos un instante para hacer un cálculo mental.

—No las conté. Por las rondas, unas quince o veinte cervezas.

—¿Cada uno?

Y él, con toda naturalidad:

—Sí, señor. Y también algún whisky.

Cosa curiosa, nadie pareció sorprenderse más de lo normal.

—¿Fue en el Penguin donde tuvo usted un altercado con el hermano de Bessy?

—Sí, señor.

—¿Es exacto que le reprochaba que tuviera relaciones con su hermana, siendo como es usted un hombre casado?

—No, señor.

—¿No se lo reprochó nunca? ¿No le pidió que dejara en paz a su hermana?

—No, señor.

—¿Cuál fue el motivo de que discutieran?

—Que yo le reclamaba el dinero que me debía.

—¿Le debía una suma importante?

—Unos dos dólares.

Lo que costaba apenas una de aquellas numerosas rondas del Penguin.

—¿Llegaron a pegarse?

—No, señor. Salimos a la calle. Aclaremos las cosas y volvimos dentro para beber juntos.

—¿Estaba usted borracho?

—No mucho todavía.

—¿No pasó nada más en el Penguin?

—No, señor.

—En resumen, que estuvieron bebiendo. Estuvieron be-

biendo hasta la una de la madrugada, la hora en que cierra el bar.

—Sí, señor.

—¿Uno de sus camaradas no le hacía la corte a Bessy?

El sargento Ward tardó unos instantes en admitirlo:

—El sargento Mullins.

—Le habló usted de eso.

—No. Me las arreglé para que no estuviera a su lado.

Su camarada Mullins era tan alto como él, también moreno, y a las chicas debía de parecerles que era guapo y que recordaba a alguna estrella del cine aunque no pudieran decir exactamente a cuál.

—¿Qué pasó a la una de la madrugada?

—Fuimos a casa del músico Tony Lacour.

El tal Tony Lacour debía de estar en la sala, pero Maigret no lo conocía.

—¿Quién pagó las dos botellas de whisky que se llevaron?

—Creo que Wo Lee pagó una.

—¿Bebió con ustedes durante la velada?

—No, señor. El caporal Wo Lee no bebe ni fuma. Insistió en pagar algo.

—¿Cuántas habitaciones tiene el apartamento del músico?

—... Una habitación..., una pequeña sala..., un cuarto de baño y una cocina...

—¿En cuál de ellas se instalaron ustedes?

—Estuvimos en todas, señor.

—¿En cuál discutió usted con Bessy?

—En la cocina. No discutimos. Encontré a Bessy bebiendo a morro. No era la primera vez que pasaba.

—¿Quiere decir la primera vez aquella noche?

—Lo que quería decir es que había pasado otras veces antes del 27 de julio. Yo no quería que bebiera tanto, porque luego se sentía mal.